



PAISAJE – LA TRILLA-, 1967

Mentir que no miente: La Trilla de Antonio Padrón  
*Jose Luis Gago*

# MENTIR QUE NO MIENTE: LA TRILLA DE ANTONIO PADRÓN

*Jose Luis Gago*

**E**s muy probable que no pueda explicar mi predilección por el cuadro de la trilla.  
Es muy probable que tampoco me interese buscar una explicación convincente.

Es muy probable que no me guste un cuadro tan alejado de mi sensibilidad como lo es la trilla de Antonio Padrón. Es muy probable.

Admiro de Padrón la convicción y el convencimiento que tiene de su obra y siento la fuerza expresiva de sus formas. Y, de esto si estoy seguro, me gusta Padrón y me gustan sus cuadros porque transmiten el ímpetu creativo, fértil y productivo, de una mente que no se limita a prodigar soluciones técnicas, sino a transmitir, que no plasmar, las conclusiones de un análisis que indudablemente afecta su pensamiento.

Padrón no piensa los cuadros, los siente. Siente la estructura, el orden, la geometría, los colores y sobre todo las formas. Como arquitecto que soy, en la trilla, encuentro subyugante la definición que ha hecho de la línea del horizonte, es decir esa línea, ficticia o no, sobre la que construye dos realidades, dos espacios, dos mundos, algo así como dos cuadros-vidas que discurren sobre ella.

Podría decirse que el flujo que induce esta línea crea un norte y un sur, dos polos contradictorios en sus posiciones, pero imprescindibles principio y fin de aquello que es su extensión, los extremos posibles de su pensamiento.

En la parte superior el cuadro esta dominado por el círculo dorado de la era, repleta de mieses en sazón, y definida por tremendos arcos de paleta del ancho del trillo que reposa sobre él. Desde los bordes de su perímetro el territorio expande un sin fin de curvas, que son surcos, que ascienden por las variadas laderas que la circundan.

El ritmo de los surcos genera el vértigo de la falsa profundidad de la no perspectiva y, por tanto, la imperiosa necesidad de contrarrestar la caída en picado, algo que Padrón ha resuelto con tres fachadas completamente planas, de tres pequeñas viviendas rurales, asentadas a media altura de la ladera.

En la parte inferior del cuadro el cuadro es la era. La superficie arqueada muestra un sector uniforme y plano donde se distienden cinco trillos y dos cernideras, sin idea clara de que forman parte de la trilla, como tampoco la tienen los dos protagonistas de la acción que, vayan o vengán de la era, no hacen otra cosa que pasar cargados con un trillo que forma parte de la línea del horizonte.

Si, el artista incluye los dos extremos de la extensión pictórica del tema de su cuadro es por la necesidad de alcanzar la totalidad, la máxima comprensión de la trilla en cuanto argumento, sin que, por ello, la trilla le sugiera el mínimo interés.

Siguiendo con la línea del horizonte podemos encontrar también como en torno a ella existe un pliegue en el espacio y, por tanto, en el tiempo que afecta al desarrollo de la trama de las dos mitades, que

podríamos explicar como una mirada hacia arriba que ve hacia abajo, y otra mirada hacia abajo que ve frontal.

Ciertamente, el horizonte lo es porque las pitas elevan sus inflorescencias recortadas sobre la mitad superior del cuadro y se alongan para, con su planeidad, establecer con las tres casitas un equilibrio emocional entre los dos planos y la aspereza visual de los respectivos contornos.

Si, el horizonte se hace presente con tanta precisión no es menos nítida la simbología que utiliza el artista: el disco solar-era cae al final de la tarde sobre el lomo del toro, un toro que padece tranquilo, con la testuz baja tras el largo día de trabajo. El sosiego del atardecer cubre de emociones el acompasado paso de las personas que recogen los aperos antes de recogerse a descansar.

El día se acaba. El trabajo se acaba. ¿Qué pasará mañana?. Nada. Nada que sea distinto a lo ya vivido, a lo ya trabajado. Un día tras otro el escenario se repite, la tramoya se mantiene, los focos volverán a crear el artificio de la vida y la continuidad de una acción que no se sabe si va o viene, si empieza o acaba.

Padrón ha tenido que doblar el espacio para poder explicarse, corriendo con ello el riesgo de perder la noción del tiempo. Desde ahora en adelante nuestros hombres, ya no (magos), caminan irremisiblemente, vayan o vengan, en ese continuum movible que es el nuevo tiempo o, lo que es lo mismo, el nuevo espacio en que están encerrados. Igual da subir que bajar, mirar arriba o mirar abajo, caer en picado o caminar de frente.

La escrupulosa modernidad que refleja el cuadro de la trilla irrumpe en la contemporaneidad del arte local, arrasando sin remisión todo cuanto encuentra a su paso y deja abierto un camino sobre el que no se ha aventurado, aún, ningún otro artista.

Pero, cuanto de esa modernidad que contiene la trilla es vanguardia y cuanto perversión profesional. Puede que los porcentajes respectivos no se puedan calcular pero si calibrar. Puede que por ello no me guste el cuadro de la trilla, puede. Aunque puede que sea por eso por lo que lo haya elegido y por lo que no pueda explicar mi predilección por él. Puede.